

abundó notablemente en cuanto revista o suplemento literario colaboró. Conforman, en su conjunto, un auténtico legado borgeano, porque en esas notas, Borges aplicaba en la práctica lo que proponía desde la reflexión o desde lo que exigía a una obra o a un escritor.

No sería exagerado especular con que uno de los ensayos incluido en el libro, titulado «La Biblioteca total», se configure como un verdadero símbolo de lo que estamos exponiendo. En «La Biblioteca total» Borges plantea la existencia de una «vasta Biblioteca contradictoria», en la que se cruzan libros diversos que, por la fatalidad de los individuos lectores, se encuentran con ellos en un tiempo y en un espacio específicos en el acto de la lectura. En el caso de Borges lector, la experiencia se hace extensible hacia la práctica de la escritura, y ¿qué son, entonces, narraciones como «La biblioteca de Babel», «Examen de la obra de Herbert Quain», «Pierre Menard, autor del *Quijote*», «El sur», «El Aleph», sino un verdadero catálogo infinito de libros incesantes que dialogan entre sí con un interlocutor competente —en este caso, Borges— que modera esos diálogos? ¿Qué es la obra de Borges, sino un convivio, en el que cada libro representa una propuesta para leer y releer la tradición literaria? ¿Qué es la escritura borgeana, sino la reescritura desde una memoria —poco fiable, por lo demás— de

aquellos vastos volúmenes que conjuran la tradición?

Tradicición y escritura congregan estas páginas de *Borges en Sur*, a las que el autor se dedicará laboriosamente, mientras preparaba sus obras mayores y en las que han dejado huella inexcusables. La tarea ingente de leer los vastos volúmenes de una biblioteca ideal, habrá de deparar un placer singular para los lectores del futuro cuando Borges, en resúmenes esenciales, los incorpore a su Biblioteca total, que se irá completando a medida que sigan saliendo a la luz aquellos textos cautivos del olvido y ahora recobrados para la memoria.

Daniel Teobaldi

El libro de las ciudades, Guillermo Cabrera Infante, Alfaguara, Madrid, 1999, 267 pp.

A pesar de que como sostiene Guillermo Cabrera Infante «viajar resulta siempre muy fatigoso» el lector en *El libro de las ciudades* no sólo disfruta de un descansado y condensado paseo por alguna de las ciudades que han dejado una huella especial en la retina del autor de *Vista de amanecer en el trópico*, sino que, sobre todo, es testigo de que el viaje para este escritor se revela como un modo ilusionado de vivir.

Un total de 24 personales visiones metropolitanas (Sevilla, Madrid, Río de Janeiro, Venecia, París, San Sebastián, Nueva York, Miami, Bahía, Bruselas...) de las que 12 se refieren a Londres, un espacio muy conocido por el escritor cubano por ser su lugar de residencia, convirtiéndose en epicentro del libro. Es sin duda la ciudad más amplia y detalladamente descrita: desde Mary Quant, a los Beatles, pasando por Chaucer, Shakespeare, Henry James, Chesterton, Wilde; el Támesis; la costumbre del té, al que considera de una importancia histórica desastrosa para Inglaterra; los taxis, reflejo de la vida nacional; la niebla que, según Oscar Wilde, nadie la había notado hasta que la pintó Whistler y muerto éste, sostiene Cabrera Infante, «sólo se puede ver en las narraciones de Watson». En definitiva una ciudad con uno de los detectives más famosos del mundo: Holmes. Una ciudad «en apariencias diferente» y «un enigma a la moda».

En esta reconstrucción urbanística a través de la memoria aparecen varias de las obsesiones del autor de *Tres tristes tigres*: la añoranza de Cuba, el cine, la música, la condición del escritor, del exiliado, la libertad, la literatura, su mujer Miriam Gómez y la importancia de la palabra, ahora, para sintetizar en una definición a cada una de las diferentes ciudades que van sucediéndose a lo largo de estas páginas:

Bruselas es «muy parecida a una mujer de Degas»; París «es la creación de Guy de Maupassant en su libro *Bel Ami*»; Venecia «conmueve»; Nueva York tiene «en su arquitectura su eterno monumento», Las Vegas «es la ciudad que nunca duerme»... pero también la palabra como juego y pirueta verbal. Lo fundamental es que a través de todas estas ciudades el escritor cubano busca el esplendor de su tierra natal, sobre todo, de La Habana, espacio de impensable retorno, del que salió Cabrera Infante en 1965 y que no podía faltar como referente vital en íntimo contraste con las ciudades anteriormente mencionadas. Frente al deslumbramiento que éstas le producen se describe la isla como un lugar «destruido por la desidia de sus gobernantes» pero que «guarda una extraña belleza entre las ruinas» y al que echa de menos «nunca se me ocurrió que había otra ciudad donde vivir que no fuera La Habana, un barco a la deriva».

Un paseo melancólico, arqueológico y redentor que añade a esta esplendorosa guía un matiz de triste añoranza por lo irremediamente perdido. Un libro que gracias «a que la nostalgia es un estado del alma», ha hecho posible que la memoria se haya convertido en nostalgia de lo mejor y en la certeza de que La Habana de Fidel sigue siendo para este *infante* una tierra *difunta*.

Milagros Sánchez Arnosi

El fondo de la maleta

El fin de la historia

Hace diez años, Francis Fukuyama anunció, en un artículo amenazado por la fama, el fin de la historia. Contrariamente a sus previsiones, el texto ha hecho historia. Desde luego, no es la primera vez que se proclama tal ultimidad. A veces con un tono sombrío: el Buen Dios, cabreado por la deriva maligna de su Creación, decide destruirla y organiza un Apocalipsis. En otros casos, el fin de la historia emana una luz de optimismo: hemos llegado al estado óptimo y en él nos quedamos.

La filosofía de Fukuyama resulta sencilla: la naturaleza es una, Dios es uno y, en consecuencia, una es la ley que rige el desarrollo de las sociedades humanas. Progresistas y positivistas se le adelantaron. Y cierto Marx (y cierto Hegel releído por cierto Marx) que pensó la historia como la realización de una necesidad determinada, la sucesión de los modos de producción que desagua en el comunismo a escala mundial. Sólo que Fukuyama sustituye el comunismo por la democracia liberal y la economía de mercado. Hegeliana es también la idea de que los cambios históricos son, en sustancia, cambios culturales generados por alteraciones en las técnicas de vida social.

De modo que volvemos, con Fukuyama, a la historia como un

aparato lineal y progresivo, encargado de cumplir una misión, de alcanzar una meta prefijada por la naturaleza y, en ese sentido, inevitable. Cuanto se le oponga será desbaratado por impertinente a la teleología natural que se va revelando en el tiempo.

A ello añade ahora Fukuyama otra profecía: la desaparición de la humanidad como tal, en virtud de las novedades que aportará la biotecnología. Con lo que ingresaremos en una nueva era, la posthumana. Aquí, el razonamiento de Fukuyama entra en crisis. En efecto, si hay un después, hay historia, con lo que Fukuyama profetiza no el fin sino la continuidad de la historia.

Todo esto, aunque contradice a la moderna historiografía, es respetable, salvo su pretendido sustento en un supuesto liberalismo. Los maestros del liberalismo (por citar algunos cercanos y notorios: Popper y Berlin) nos han enseñado que en la historia nada es previsible, que se trata de un proceso abierto donde si algo rige es la libertad, o sea la indeterminación. Fukuyama, por el contrario, piensa desde la más cerrada necesidad y, en consecuencia, profetiza. La profecía es lo menos compatible con una mentalidad liberal.

¿Por qué creer que un cambio tecnológico acabará con la humanidad? ¿Acaso no es el cambio tecnológico uno de los rasgos característicos de la humanidad? Asimismo ¿por qué negar las crisis del sistema capitalista, como la descrita por George Soros, uno de sus más ardientes paladines? El capitalismo –lo explicó Karl Marx, que admiraba el capitalismo como pocos– se nutre de sus propias crisis, es esencialmente crítico.

En rigor, a pesar de sus proclamas liberales, Fukuyama es un pensador autoritario que podría ingresar en la

lista de los defensores de la sociedad cerrada, como la llama Popper. Si en la historia todo está determinado por leyes naturales, la libertad nada tiene que hacer en ella. La libertad requiere contradicción y apertura porque no es el cumplimiento de la necesidad, sino la consciencia de la necesidad que permite convertirla en opción. Mientras los seres humanos busquemos nuevas fórmulas de liberación ante la necesidad, existirá la historia. Incluida la historia del profesor Fukuyama.

El doble fondo

Claudio Rodríguez (1934-1999)

La muerte de un poeta supone siempre una pérdida en el lenguaje, pero no en las palabras que usamos todos los días sino en el lenguaje que nos sirve para tocar nuestras raíces o inventarlas. La muerte de un poeta supone una pérdida en el lenguaje que nos crea, que nos permite ser. Los poemas no son objetos, como ha pretendido cierta crítica literaria, los poemas están hechos de palabras que forman parte de nuestra condición. Un poema existe si alguien es capaz de decirlo, de serlo, de hacerlo pasar por su respiración. No es un objeto que exista del todo fuera de nosotros, tampoco del todo dentro: es un ser anfibio, como nuestro propio

ser, hecho de palabras que aprendemos y transformamos: un ser que se hace y que no termina nunca de ser del todo, de decirse. La poesía de Claudio Rodríguez ha tenido siempre esa cualidad de la respiración, de una respiración que percibe el misterio de la existencia, cercana al misticismo pero sin agostarse en su ascetismo reductor. Poesía fundacional y siempre cercana a la revelación, a la visión. Buscó con lenta tenacidad una cierta naturalidad, incluso en ocasiones se excedió algo en su distinción –tal vez maniquea– entre la ciudad y el mundo rural, atribuyendo a éste último un grado mayor en la cadena del ser. Esa búsqueda de lo natural